**SANTA MISA CRISMAL**

**S.A.I. Catedral, 28 de marzo de 2018**

La lectura del Libro del Apocalipsis que hemos proclamado nos ayuda a penetrar en el sentido más profundo de esta celebración en la que Cristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el Rey de reyes, el que nos amó hasta el extremo se entrega por nosotros, los hombres, a la muerte para redimirnos del poder del mal.

Jesús es el testigo fiel que da testimonio de lo que ha visto y oído al Padre. Él, con su testimonio nos reveló “el misterio de la voluntad del Padre, el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Él todas las cosas del cielo y de la tierra” (Ef 1,10-11). Y sus obras revelan que el Padre estaba con él porque no hacía nada sin contar con el Padre.

El Papa Francisco escribía en la primera Encíclica *La luz de la fe*: “La mayor prueba de la fiabilidad del amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor (cf. *Jn* 15,13), Jesús ha ofrecido la suya por todos, también por los que eran sus enemigos, para transformar los corazones”. Y prosigue diciendo: “La muerte de Cristo manifiesta la total fiabilidad del amor de Dios a la luz de la resurrección. En cuanto resucitado, Cristo es testigo fiable, digno de fe (cf. *Ap* 1,5; *Hb* 2,17), apoyo sólido para nuestra fe. «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido», dice san Pablo (*1 Co* 15,17). Y el Santo Padre concluye su argumento diciendo que “Los cristianos, confesamos el amor concreto y eficaz de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, amor que se deja encontrar, que se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo” (LF 16-18).

Jesús espera que nosotros también seamos testigos fieles de su evangelio. Espera que seamos fieles en nuestro obrar para que los hombres, viendo nuestras buenas obras, den gloria a Dios nuestro Padre y lo alaben por toda la eternidad. Pero ¿Cómo ser fieles en un tiempo en el que el ambiente nos invita a la infidelidad, a la corrupción, a vivir de una forma débil el compromiso cristiano y sacerdotal? El ambiente cultural y social nos incita a vivir asentados en el sentimiento más que en la razón; en lo efímero más que en lo duradero; en el placer más que en el sacrificio y la renuncia.

También los sacerdotes podemos dejarnos llevar por el ambiente y caer en infidelidades a la llamada que el Señor nos ha hecho para ser testigos de su muerte y resurrección. ¿Dónde podemos encontrar las fuerzas para combatir al Maligno que como un león rugiente da vueltas a nuestro alrededor para hacernos caer en la infidelidad y en la mediocridad? Sólo hay una respuesta: confiando humildemente en la acción del Espíritu Santo que renueva todos los días la gracia que hemos recibido en el sacramento del Orden Sacerdotal. La unción del Espíritu Santo, significada en el Santo Crisma que hoy consagramos, perfuma nuestra vida sacerdotal haciéndola olorosa y atrayente para aquellos que buscan a Dios con sincero corazón. San Pablo nos dice que sólo por la acción del Espíritu Santo podemos decir que Jesús es el Señor. Sólo por la acción del Espíritu podemos dar testimonio fiel de la nueva vida en Cristo Jesús resucitado de entre los muertos.

La cima de la fidelidad y del testimonio sacerdotal es el martirio. Contemplemos a tantos hermanos sacerdotes que entregaron su vida como el Señor confesando la fe y derramando su sangre por ella. Nos estremece su valentía, su fuerza y su fidelidad. En el martirio contemplamos también cómo no son las fuerzas humanas del hombre sino la acción del Espíritu que unge al hombre, el que mueve la mente y el corazón para permanecer fiel hasta el final.

En nuestro tiempo, el Señor nos pide que seamos confesores de la fe y que perseveremos en los santos propósitos que un día manifestamos ante Dios y ante la Iglesia. El pueblo de Dios espera ver en nosotros una vida coherente con el evangelio, una vida humilde y pobre como la de Cristo que no tenía donde reclinar la cabeza, una vida sacrificada porque nos entregamos por amor a todos, especialmente a los pobres. Para permanecer, en este tiempo, firmes en la vocación y fieles al ministerio sacerdotal recordad lo que os escribí en la Carta Pastoral *Vosotros sois mis amigos:* “Estoy convencido que será muy difícil afrontar esta nueva época poscristiana si los amigos del Señor no estamos con nuestro amigo largos ratos”.

Queridos sacerdotes: Quiero agradeceros vuestra fidelidad al Señor y a la iglesia. A pesar de vuestros pecados e imperfecciones, habéis perseverado hasta el presente firmes en la fe y dando testimonio del Señor. El Pueblo de Dios valora muy positivamente vuestra entrega al ministerio. Tanto la de los curas más jóvenes, que renunciando a muchas cosas que el mundo les ofrece no tienen reparo en seguir acompañando a los más pobres y necesitados, como a los sacerdotes mayores que, a pesar de vuestras limitaciones por la enfermedad seguís acompañando a los fieles para que escuchen la Palabra de Dios, celebren los sacramentos y se reúnan en fraterna comunidad. Al contemplar la debilidad de nuestro presbiterio tanto en número como en fuerzas físicas nos damos cuenta que sólo por la acción del Espíritu Santo y por nuestra colaboración sincera con esa acción somos capaces de sostener la fe del Pueblo de Dios que peregrina en esta diócesis de Astorga. Por eso os invito a dar gracias a Dios y a suplicarle que nunca nos falte el auxilio de la gracia y del amor que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones constantemente.

Hoy, al renovar en mi presencia vuestro deseo de permanecer como fieles dispensadores de los misterios de Dios en la celebración eucarística y en las demás acciones litúrgicas, pedid al Señor el don de la fidelidad para que el testimonio que deis ante el Pueblo de Dios sirva para el bien de todos. Confiados en que nunca nos faltará el auxilio divino y la intercesión de nuestra Madre, la Virgen María, atestiguad con renovado espíritu sacerdotal, vuestro deseo de ser servidores y testigos fieles del Señor al mismo tiempo que pedimos a nuestros hermanos que oren por nosotros, reconociendo así que no son nuestras fuerzas sino las del Espíritu de Cristo resucitado las que realizan en nosotros y con nosotros los misterios de la salvación.

† Juan Antonio, obispo de Astorga